

*Intelectuales gallegos “Por a Nai Terra”**

Santos Juliá

"En todas partes tienen los hombres como un deber el ejercicio de la política", escribía Vicente [Martínez] Risco, catedrático de Historia de la Escuela Normal de Orense y destacado dirigente de las Irmandades da Fala, en 1930. Lo que pasa, añadía -recogiendo una idea de Ortega, sólo un año mayor que él-, es que hay épocas normales en las que un país disfruta de libertad y puede desenvolver las creaciones de su propio genio y en las que, por tanto, las preocupaciones de índole política son menos imperiosas; y épocas en las que hay que defender la cultura autóctona o reivindicar la propia personalidad racial y entonces la política debe absorber todas las actividades. Galicia, a pesar de todos los esfuerzos realizados en los últimos años, se encontraba en esta última situación. Consecuencia: "somos y debemos ser antes de nada políticos"¹.

Era signo de los nuevos tiempos abiertos por la caída de la Dictadura que un dirigente nacionalista como Risco creyera necesario dedicar a "la importancia de la política" la introducción de un libro sobre los problemas de Galicia. Risco recordaba los años no tan lejanos en que los nacionalistas gallegos habían declarado en una de sus asambleas su apoliticismo "y aun su incompatibilidad con todo partido político". Interpretado a la luz de los nuevos acontecimientos el persistente rechazo del politicismo por los nacionalistas gallegos, Risco destacaba que también aquella actitud era política, hondamente política, porque entrañaba la reprobación de la política reinante por entonces en Galicia. En realidad, llamar política a la antipolítica no pasaba de ser una argucia: cuando se declaraban apolíticos, los nacionalistas gallegos no pretendían tan sólo rechazar la política reinante, sino toda política, porque habían salido

* Escrito como posible excursus de *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, preferí al final no incorporarlo al libro.

¹ Vicente Risco, *El problema de Galicia*, Madrid, 1930, p. 30.

escaldados de las primeras contiendas electorales y porque pretendían situar el combate del nacionalismo en otro terreno. Ahora sin embargo, el terreno era el de la lucha política y para librarlo con alguna posibilidad de éxito era preciso hacer lo que todos: formar un partido. Hacer política, en 1930, era echar las bases para la formación de un partido político. El nacionalista, termina Risco su libro, es "un partido gallego en germen"².

Diez años separan a este folleto de aquel otro que elevó a Risco a la categoría de "intérprete supremo de cuanto significaba el nacionalismo gallego"³. "No discutimos el derecho de Galicia a ser una nación", escribió entonces; no discutimos ese derecho sencillamente porque "Galicia é xa unha nación... un feito xeográfico e histórico que se non pode negar". Como tal hecho geográfico, como tierra, Galicia existía desde siempre; como hecho histórico, Galicia acababa de culminar, cuando Risco escribía, el proceso de su reconstitución como nación: eso es lo que quería decir al afirmar que Galicia era ya, en ese momento, una nación. ¿Acaso lo había sido antes, se había desgalleguizado, y volvía ahora a recuperar plenamente su ser como nación? Algo de esto había en el folleto de Risco que en su mismo título evidenciaba la distancia que separaba al gallego de la síntesis doctrinal de Prat de la Riba. Mientras este trata de la "nacionalitat catalana", Risco aborda la cuestión del "nacionalismo gallego". Entre nacionalitat y nacionalismo se introduce una mediación que en Risco adquiere una importancia fundamental, teórica y práctica: la voluntad consciente de una minoría selecta decidida a cumplir con el deber de salir a "la conquista de nuestra personalidad nacional". La nación es un hecho, el nacionalismo es una voluntad. Lo propio de la relación entre nación y nacionalismo es que, sin esa voluntad, la nación no existe o deja de existir, porque una nación sólo podrá serlo "sempre que o sentimento nacional sexa forte dabondo"⁴.

Para ser nación debe existir previamente la voluntad de serlo. Tal voluntad podría radicar en un superhombre, una especie de demiurgo, o en el polo opuesto, en el común de la gente, en la masa, en los de abajo. Pero lo primero no es siempre necesario y, en todo caso, ha faltado en la historia del nacionalismo gallego; y por lo que respecta a lo segundo, es bien conocido que la gente de abajo no se da cuenta cabal de lo que quiere,

² Risco, *El problema*, p. 214.

³ Lo escribe Francisco Bobillo, *Nacionalismo gallego. La ideología de Vicente Risco*, Madrid, 1981, p. 10.

⁴ Vicente Risco, *Teoría do nazionalismo galego*, ed. crítica de Justo Beramendi, passim.

que la masa es inerte y perezosa y se deja seducir, "e vai para onde a levan". Tal vez si no estuviera mixtificada por la caterva de demagogos ignorantes, podría esperarse algo de ella, pero las masas modernas, incluso en Galicia, están todas mixtificadas. Risco participa de idéntica actitud ante la masa que los intelectuales regeneracionistas: la desprecia en cuanto agente "de la reacción vital que se yergue en contra de las fuerzas destructoras de la nacionalidad", aunque no por eso suspire por la llegada de un superhombre. Su folleto es de 1920, cuando está ya más que elaborada, en circulación entre la gente de su edad, la teoría orteguiana de la minoría selecta. Sin nostalgia por el superhombre y desdeñoso de la masa, queda como sujeto creador de la nación la minoría de "almas de más fina sensibilidad social", "unha aristocracia inteleutual fortement' axuntada en falange de ferro ben tecida", falange en la que él gustosamente se incluía: el nacionalismo "siempre fue cosa principalmente de los intelectuales". Son, por tanto, ellos los que deben asumir el derecho y el deber de hacer la nación, recuperarla de su pérdida secular. Y son los intelectuales los que deben proclamar, una vez la nación realizada, que Galicia es ya una nación⁵.

Por eso, Risco sitúa como eje de su teoría del nacionalismo gallego la relación entre la nación geográfica e histórica y el movimiento de una minoría selecta portadora de la voluntad de ser nación: nuestra misión, escribe, es crear en Galicia la voluntad nacional. Su teoría de la nación es inseparable de su reflexión sobre el nacionalismo y éste es, ante todo, una especie de teleología por la que todo lo que ahora, en el momento en que Risco escribe o habla, es ya una realidad, estaba como en germen en los precursores. Si Prat pudo recoger en *La nacionalitat catalana* elementos de los dispares discursos de Almirall, Torras o Maragall, y presentar su síntesis como fusión de distintas herencias todavía presentes y actuantes en su medio social, Risco adopta el punto de vista típico del historiador nacionalista percibiéndose a sí mismo, o más exactamente a la elite intelectual de la que forma parte, como punto de llegada, culminación de un proceso evolutivo, de un desarrollo acumulativo en el que cada cual ha ido poniendo su grano de arena: todo lo ocurrido en el nacionalismo gallego hasta 1920 y, especialmente, la posibilidad misma de decir que Galicia es ya, en ese momento, una nación, latía en germen en los escritos y la acción de aquellos gallegos que en los años cuarenta del siglo XIX comenzaron a reivindicar un margen de autonomía para Galicia frente a los intentos unificadores y centralizadores del Estado

⁵ Risco, *Teoría*, 29-30, y "A ideoloxía do nacionalismo exposto en esquema", 1 marzo 1931, en *Obras Completas*, Vigo, 1994, vol. 5, pp. 481-482.

liberal español y que se expandió luego, a partir de los años sesenta en un espléndido resurgimiento literario.

De manera que Risco se entenderá a sí mismo, en cuanto constructor de una nación, como parte de un movimiento nacionalista desplegándose en el tiempo: es el galleguismo que, pasando por sus fases de provincialismo y regionalismo ha desembocado con él y con la elite intelectual a la que pertenece -Castelao, Otero Pedrayo, Losada, Porteiro, Cuevillas: la llamada *generación Nós*-, en un nacionalismo creador de la nación gallega. Sin duda, los historiadores del nacionalismo distinguirán con razón todo lo que puede diferenciar, tanto en la concepción de la nación como en la acción cultural y política, a Risco de la plana mayor del provincialismo, los Faraldo, Neira, Romero Ortiz; como no harán más que cumplir con las exigencias de su trabajo cuando distingan los elementos liberales y progresistas de la ideología nacionalista de un "regionalista" como Manuel Murgía de los tradicionalistas y autoritarios de otro regionalista coetáneo como Alfredo Brañas⁶. Todo esto es el trabajo de los historiadores del nacionalismo. Pero Risco, cuando trata de dar cuenta del pasado nacionalista, no es un historiador del nacionalismo, sino un historiador nacionalista, cosa por completo diferente, aunque en no pocas ocasiones los más eruditos historiadores del nacionalismo sucumban ante "el ídolo de los orígenes" y presenten como pre, proto o primer nacionalismo lo que en sí mismo no lo era ni podía serlo; o lo tratan como una criatura orgánica cuyo nacimiento, primera juventud, madurez y plenitud puede datarse desde la altura alcanzada por la mirada del historiador⁷. La política de la memoria realizada por los historiadores nacionalistas convierte lo que en su propia realidad era otra cosa en eslabón, fase o peldaño que conduce por una especie de evolución natural a lo que ellos son en una momento posterior y superior. Y entonces, al historiador nacionalista, o a quien hace sus veces, en este caso a Risco, más que señalar diferencias, lo que le interesa cuando escribe o habla del nacionalismo gallego como creador de la nación gallega es reconstruir como proceso lleno de sentido, como teleología, lo que percibe en estado germinal cuando los "provincialistas" saltaron a la palestra. A él y a su círculo,

⁶ Cuestión sobre la que ha insistido Ramón Máiz, "El nacionalismo gallego: apuntes para la historia de una hegemonía imposible", en F. Hernández y F. Mercadé, *Estructuras sociales y cuestión nacional en España*, Barcelona, 1986.

⁷ Interesantes reflexiones sobre la diferencia: Xosé M. Núñez Seixas, *Historiographical approaches to Nationalism in Spain*, Saarbrücken, 1993, pp. 9-16 y pp. 35-38, aunque es paradójico que el mismo Núñez Seixas defina como nacimiento, comienzos, orígenes, crecimiento, resurgimiento, de los nacionalismos tal o cual periodo, por ejemplo, en *Los nacionalismos en la España contemporánea (siglos*

lo que le importa es presentarse, y que se les tome, como continuadores de una tradición lineal, unitaria, germinal en Faraldo, llegada a su plenitud cultural con la generación de Murguía y Brañas y que ahora, en ellos, miembros de las Irmandades da Fala, debe alcanzar su plenitud política.

Esa tradición se pretende, en 1920 como en 1930, lineal y acumulativa: el nacionalismo gallego es una evolución del regionalismo histórico de los llamados precursores: en Antolín Faraldo, escribe Risco, encontramos ya el pensamiento nacionalista casi tan avanzado como en la actualidad. Luego aparece francamente el regionalismo con Vicetto y Murguía y da comienzo la era de los historiadores y de los poetas, que tendrá su continuación en los republicanos federales y en Alfredo Brañas con su libro, de gran resonancia, *El Regionalismo*. Y así llegamos al movimiento solidario de 1907, al folleto de Villar Ponte y a la fundación en Coruña, en 1916, de la primera Irmandade da Fala: cursos de conferencias, exposiciones de arte, veladas de teatro y música gallega, concursos científicos y literarios, folletos de propaganda, revista *A Nosa Terra*, presentación de candidatos galleguistas a las elecciones de 1918 y, en fin, Asamblea de Lugo: Galicia es ya una nación. Por supuesto, a esas alturas, nada importa que el mito de la raza celta funcione presuntamente de manera inclusiva en unos y pueda funcionar de manera xenófoba en otros, que Murguía fuera un liberal y Brañas un tradicionalista. Esa es una cuestión que puede interesar a la historia y a la ciencia política, pero a Risco no le inquietaba por una sencilla razón: porque los metarrelatos puede ser leídos en clave liberal, progresista, autoritaria, reaccionaria, sin que por eso sea preciso cambiar sus elementos básicos; basta con indicar que tal predecesor se quedó a mitad de camino, o que tal otro no sacó todas las consecuencias, o las sacó equivocadas, de sus propias ideas.

Se puede hablar, y se habló hasta la saciedad, de decadencia de España en clave liberal; o se puede hablar, y se habló luego sin descanso, en clave reaccionaria: no hizo falta, para hacerlo de una u otra forma, modificar la sustancia del relato: que España había sido grande en el pasado y que era, en el presente, una ruina. En eso, Modesto Lafuente podía estar perfectamente de acuerdo con Marcelino Menéndez Pelayo. Incluso podían estar de acuerdo en que habiendo sido una cosa y siendo ahora la contraria, la causa tenía que ser por fuerza la acción de algún agente exterior al ser histórico o esencial -tanto da una cosa u otra cuando la historia consiste en el despliegue de una esencia, en el florecer de una semilla- de la nación, una dinastía extranjera, por

XIX y XX), Barcelona, 1999; una atinada advertencia sobre esta miseria del historicismo: Juan M.

ejemplo; o una enfermedad del ser, una degeneración de la raza. Lo que diferencia a uno y otro no son los elementos del relato ni su estructura sino la perspectiva futura que abre el narrador. Con todo nacionalismo ocurre lo mismo. Risco podía heredar de Murguía la idea de raza y de tierra, la visión organicista e historicista⁸ y hasta llamar ilustre a su predecesor, y situarlo en el rango de quienes habían despertado las energías de la nación dormida, podía reivindicar su herencia y presentarse como culminador de sus esfuerzos sin compartir ni un gramo de su presunto liberalismo: en eso consiste la política de la historia, ejercicio predilecto de todo historiador nacionalista.

De modo que una herencia múltiple y contradictoria se funde en lo que la dialéctica de andar por casa llama una síntesis superior: además de los precursores cuya memoria se confundía con la leyenda, Risco recoge también la herencia de los regionalistas que en la última década del siglo anterior habían dejado ya el testimonio del despertar de Galicia. "Temos pátreas, temos linguaxe, temos fe... ¡estamos salvados!" había dicho emocionado Alfredo Brañas en su discurso de gracias de los Juegos Florales de 1891. Emocionado, porque Brañas había dudado en muchas ocasiones del espíritu nacional gallego; tal era la apatía, el abandonado, tan apagada la llama del patriotismo que había sentido un temblor recorrer su cuerpo cada vez que se hablaba de resucitar a aquella raza. Ah, pero las profecías se habían cumplido, el milagro se había producido y Galicia había despertado, porque no había muerto, no, sino que estaba dormida: "¡E que despertar, meu Dios!", qué despertar el de Galicia: en menos tiempo del que se tarda en contarle se había fundado una asociación regionalista, organizado comités o juntas provinciales y locales, publicado su órgano oficial, establecido los Juegos Florales y por si fuera poco, se había llevado a cabo la más grande, la más portentosa demostración de amor que puede dar un pueblo libre, una apoteosis en honor de la inmortal musa gallega, Rosalía Castro de Murguía. Fue, en efecto, durante su entierro en Santiago, cuando Brañas se convenció de que bien podían los gallegos ser libres, dueños de sus cosas, y cuando se quitó un gran peso de encima al comprobar que el pueblo respondía a la llamada con un movimiento espontáneo y natural de regeneración que con tanto trabajo y con tan buenos auspicios comenzaban⁹.

Sánchez-Prieto, *El imaginario vasco*, Barcelona, 1993, pp. 12-13.

⁸ Justo Beramendi, "O ideosistema singular de Vicente Risco", introducción a Risco, *Teoría*, p. 15. Beramendi es autor de una obra fundamental sobre el líder gallego: *Vicente Risco no nacionalismo galego*, Santiago, 1981, 2 vols.

⁹ "Discurso de gracias que foi dito n'os Xogos Froraeas" de 1891 por don Alfredo Brañas, un d'os mantenedores d'o consistorio", recogido en Ramón Máiz, *Alfredo Brañas*, Vigo, 1983, pp. 166-168.

El entusiasmo de Alfredo Brañas se alimentaba de lo que parecía ser la formación del primer movimiento galleguista, mediados los años ochenta del siglo XIX. Fue entonces cuando comenzó a hablarse de los intereses de Galicia situados por encima o al margen de partidos y clases sociales y de la necesidad de conseguir una representación parlamentaria que hiciera política gallega. Los propagandistas de esta manera de ver las cosas eran intelectuales de diferente procedencia e ideología -desde el tradicionalismo al liberalismo o al federalismo- que coincidían en la convicción de que Galicia era un región con una historia propia, con su cultura, su lengua, sus costumbres, elementos suficientes para favorecer o exigir la formación de plataformas unitarias a las que pudieran incorporarse todos los gallegos. Como en Cataluña, también en Galicia el despertar había comenzado con la convocatoria de Juegos Florales, que progresivamente servirán para extender el idioma gallego como lengua literaria. Despertar es, por tanto, renacer, un rexurdimento, que llegará a su plenitud por obra de poetas: Castro, Pondal, Curros Enríquez. Pero en el mismo postulado del renacimiento va implícita la realidad anterior de lo que ahora renace, Galicia. La creación literaria en *linguae gallega* irá, pues, acompañada de una indagación sobre la historia de Galicia desde la que se pueda construir, simultáneamente, un relato sobre lo sucedido y una propuesta de futuro.

Lo sucedido es, sencillamente, que Galicia, que tiene una lengua, es una tierra, un dato geográfico, a la que ha venido a asentarse una raza, un dato histórico. El mito de los orígenes consiste en que en una tierra con características específicas ha llegado una raza aria, los celtas, reforzada por la posterior penetración de los suevos, todos arios. No interesa aquí la presunta funcionalidad de ese mito fundador, si se trata de una "interpelación inclusiva de todos los gallegos en cuanto hermanos de raza" o si podría interpretarse como una manifestación más del racismo -blando o fuerte no importa para el caso- propio de toda construcción cultural nacionalista, un racismo que por tanto podría también entenderse desde una funcionalidad excluyente. Lo que importa es que el fundamento de la nación es la raza que habita un tierra. Establecido este hecho fundacional, el relato puede desplegar ya toda su potencialidad. Lógicamente, esa raza estará dotada de todas las características que definen a las razas superiores: nadie reivindica un origen racial si no es para, a renglón seguido, postular la superioridad de tal origen. En Manuel Murguía, como décadas después en Risco, es la superioridad de los pueblos del Norte sobre los del Sur, de los arios sobre los semitas, de los europeos sobre los africanos, de los rubios sobre los morenos. Risco trazará la frontera de unos y otros: una línea que siguiera hacia el Este la cuenca del Duero hasta unirla a la del Ebro:

lo que queda al norte es Euroiberia, solar de las razas arias, rubicundas; lo que queda al sur sería Afroiberia, solar de razas semitas, morenas de tez¹⁰.

Una raza superior que estará dotada, como todas las de su especie, de un espíritu propio, poseedora de un carácter adornado de las más hermosas virtudes. En un ejemplar ejercicio de historia conjetural, Murguía atribuye a la vida retirada, a la desconfianza ante todo lo que viene de fuera los rasgos principales del carácter de la raza céltica, desde los defectos y cualidades del hombre solitario hasta su tristeza y la "infinita delicadeza de sentimientos". Valentía, odio a la dominación extranjera, amor a la tierra, religiosidad, procedentes del tronco ario, a lo que se añadió el espíritu práctico de los romanos: tales fueron sus rasgos fundamentales. Risco, que la presenta como una especie de variante europea, detecta en ella, de los británicos, el humorismo; de los franceses, el espíritu crítico, y de lo propio, o sea, de Galicia, el lirismo, la saudade, virtudes de las que carecen los españoles y que prueban la "superioridad mental de los gallegos", una realidad oculta que sólo se hará conocer cuando "nos dejen cultivarla"¹¹. Pero una raza, por otra parte, que finalmente no ha podido guardar el tesoro de su especificidad, su espíritu, por haber sucumbido a la dominación de los inferiores, de Castilla, un hecho que no será tan evidente para los primeros regionalistas como para los últimos nacionalistas: no tan evidente para quien no ha descubierto (todavía) la incompatibilidad entre España y Galicia como para quien el rechazo de Castilla llegue a constituir un "elemento étnico de exclusión/negación" casi obsesivo, como fue el caso de Castelao en su acercamiento o conversión al galleguismo, por los años 1916-1918, cuando pensaba que Madrid era el gran culpable del caciquismo gallego¹².

Por supuesto, el propósito de Risco, como retórico, más que como historiador, es convencer de que Galicia sólo podrá recuperar aquel valiente espíritu celta si logra reconquistar su ser nacional. En lo que consista ese ser, como en el camino de su reconquista, en resumen, en su proyecto político, la diferencia puede ser significativa entre un regionalista y un nacionalista, y hasta entre un nacionalista de 1890 y otro de

¹⁰ Murguía, "La raza céltica y su poesía popular" [1866], en *Prosas recuperadas. O periodismo de Manuel Murguía*, ed. de José A. Durán, Madrid, 1998, pp. 203-211. Ramón Máiz, "El nacionalismo gallego", cit., y "Raza y mito céltico en los orígenes del nacionalismo gallego: Manuel M. Murguía", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 25 (1984), pp. 137-180. Risco, *Teoría*, pp. 11-12.

¹¹ Murguía, "La raza", cit.; Justo Beramendi, "Las Españas del galleguismo político (1840-2000)", en Antonio Morales Moya, ed., *Nacionalismos e imágen de España*, Madrid, 2002, pp. 71-72. Risco, *Teoría*, pp. 23-25.

¹² Justo Beramendi y Ramón Máiz, "O pensamento político de Castelao", en Castelao, *Sempre en Galiza*, Santiago, 1992, pp. 73-81.

1920, y dependerá en buena medida de los recursos retóricos que tenga a mano para solventar la cuestión. Risco, en 1920, cuando la retórica de las dos Españas estaba impregnada de orteguismo, pudo proponer que el nacionalismo gallego se separara de la España oficial, la vieja, el Estado, reforzando sus vínculos con la real, la joven. Habrá quien añore la comunidad perdida, una sociedad de iguales, libre de los destrozos del capitalismo, formada por pequeños productores dedicados a la tierra y al mar, una Galicia rural y marinera, sin rastros de foros, sin caciques, sin clases, una sociedad igualitaria, basada en la parroquia como colectividad natural, una democracia agraria; y luego, como vía para llegar a esa comunidad más que inventada, soñada, la descentralización, que en Brañas será administrativa y que en Risco se vuelve política.

Pero nada de eso se producirá como desarrollo natural, espontáneo, de aquel espíritu del pueblo. La consecución del ser nacional depende de una voluntad de ser, que no se da en el común del pueblo, sino en la capacidad que las elites intelectuales tengan para difundir ese ideal nacionalista entre sectores cada vez más amplios de la población. Este fue el punto en que los nacionalistas gallegos encontraron mayores obstáculos: el renacimiento literario estaba cumplido, el relato histórico terminado, las fases de evolución del nacionalismo habían llegado a su fin y, sin embargo, el fracaso político del movimiento era inapelable. Al entusiasmo desatado a principios de los años noventa, a las iniciativas tomadas para reproducir en Galicia lo que podría llamarse vía catalana hacia la conquista del poder -formación de una Liga Gallega, creación de una Solidaridad Gallega- no le había acompañado el éxito. Las razones pueden atribuirse al tópico de la ausencia de una burguesía que recogiera e hiciera propio el ideal nacionalista; pero eso es precisamente lo que hay que explicar, porque burguesía, haberla, la había, aun si no tan desarrollada como en Cataluña. Que el movimiento no lograra rebasar a elites intelectuales urbanas de extracción rural y a lo que, por no poder especificar, se define como pequeñas burguesías urbanas, siempre con un etcétera detrás, es justamente lo que necesita explicación pues al cabo, los nacionalismos crean nación solo en la medida en que sus relatos lleguen a ser compartidos, creídos, por una creciente masa de la población, empezando claro está por los más cercanos a ellos, los profesionales y los políticos.

No fue este el caso en Galicia: en la primera década del siglo, la Liga no alcanzó ni un escaño y Solidaridad Gallega tuvo una existencia efímera, seguida de un general desistimiento. Los intelectuales nacionalistas fueron conscientes de las limitaciones de aquel movimiento y decidieron romperlas lanzando una iniciativa destinada a soldar la acción cultural con la política, o más exactamente a buscar para el movimiento

galleguista una base social por medio de una acción organizada y continuada para la expansión de la lengua, las Irmandades dos Amigos da Fala. Creada la primera en La Coruña, en marzo de 1916, a iniciativa de Antón Vilar Ponte, muy pronto se constituyeron otras en Ferrol, Santiago, Betanzos, Villalba, Monforte, Estrada, Orense, en un movimiento que atrajo a cientos de afiliados -entre 500 y 700- y que abarcó desde las ciudades marítimas al interior rural, como si en efecto, la intelectualidad se movilizara en busca del campesinado, del pueblo labriego. Estos intelectuales no pretenden por ahora crear un partido; ciertamente, son más un movimiento que reivindica el uso de una lengua que un partido a la conquista del poder; pero ese hecho no debe despistar en cuanto a las consecuencias políticas que sus fundadores esperaban de la expansión de irmandades. Es éste el tiempo en que se habla de nueva política, momento en que las minorías intelectuales creen que pueden presentarse ante el público como privilegiados representante del todo y obtener su apoyo, incluso electoral. De hecho, la rápida creación de sociedades, el combate por la hegemonía cultural, la voluntad de presentarse ante el pueblo gallego como representantes de una nación que espera todavía su redención, como cruzados de "á Santa Causa da Redenzón da Nai Terra", como se llamaron a sí mismos en la Asamblea Nacionalista de Lugo, les empujará a presentarse, con escuálidos resultados, a las elecciones de 1918¹³.

De salto cualitativo en la historia del nacionalismo gallego ha sido calificada esta Asamblea de Lugo¹⁴, por el definitivo abandono de la ambigüedad inherente a la voz "regionalismo", que desde los tiempos de Murguía y Brañas podía cubrir un amplio y difuso abanico de reivindicaciones, de la autonomía administrativa a la política, y por el lenguaje netamente nacionalista adoptado por los delegados. En Lugo, por vez primera, "os persoeiros das Irmandades da Fala", tras levantar acta de que Galicia tenía todas las características esenciales de nacionalidad, deciden llamarse, "de oxe e pra sempre, nazionalistas galegos", puesto que la palabra regionalismo no recogía todas sus aspiraciones ni encerraba toda la intensidad de sus problemas. Se trata, pues, del abandono de un rótulo por insuficiente y de la adopción de otro ¿por evolución de lo

¹³ Irmandades como movimiento cultural, Alfonso Alfonso Bozzo, *Los partidos políticos y la autonomía en Galicia, 1931-1936*, Madrid, 1976, pp. 160-161; "Manifiesto da Asamblea Nazionalista de Lugo", reproducida en Risco, *El problema*, pp. 237-243.

¹⁴ Justo G. Beramendi y Xosé Manoel Núñez Seixas, *O nacionalismo galego*, Vigo, 1995, p. 126. Ramón Máiz sitúa el salto cualitativo en la creación de las Irmandades, dos años antes, "El nacionalismo", p. 214, aunque atribuye a Murguía la primera consideración sistemática, radical, permanente y razonada de Galicia como nación o nacionalidad: "La construcción teórica de Galicia como nación en el pensamiento de Manuel Murguía", *Estudios de Historia Social*, 28-29 (1984) p. 133.

anterior que, tras la consabida acumulación cuantitativa, habría dado pie al no menos célebre salto cualitativo? Podría ser, pero lo que dicen los interesados es otra cosa; es, en resumidas cuentas, que no quieren faltar a una cita histórica "nestora solemne do albeo das nazonalidades que sinten tremelar a su alma e fan xurdir a sua personalidade". Es el fin de la Gran Guerra, y de la misma manera que la minoría selecta de intelectuales que hacían *El Sol y España* no podían creer que, tras el hundimiento de la autocracia, perdurase en España la vieja política, esta minoría selecta de galleguistas no podía creer que en ese alborear de las naciones, Galicia, que poseía ya todas las características de la nacionalidad, no reclamara su derecho a ser tratada como tal y no dispusiera de un programa que sirviera para llamar al pueblo gallego a una afirmación creadora lanzada desde dentro de la patria gallega.

Una cosa estaba clara para los dirigentes de las Irmandades: el desarrollo no sería natural. Ya podía contar Galicia con una raza superior fundadora de la nación, que si no se realizaba un esfuerzo voluntarista, todo sería pena perdida. Este énfasis en la acción tiende desde luego a resaltar el carácter voluntarista, y por tanto, de diseminación cultural, de la nacionalidad, por encima de los datos objetivos de raza, lengua. Pero a la vez, para lo que en este contexto interesa, tiende a introducir una nueva exigencia al trabajo del intelectual: es preciso organizar. De ahí la importancia de las irmandades, de la revista, de la creación de instituciones culturales; de ahí también la lógica que llevará más adelante, tras la hibernación sufrida durante la dictadura, a extraer de las experiencias anteriores una consecuencia política. Los nacionalistas gallegos llegarán en 1930 a la conclusión de que el progreso del movimiento depende de su capacidad para hacer política. No política cultural, un axioma desde el principio aceptado por el movimiento galleguista, sino política *tout court*, política de partido.

No, claro de está de un partido cualquiera. Cuando un nacionalista se decide a defender su causa incorporándose a la política convencional, formar un partido, acudir a las elecciones, enviar diputados al Parlamento, siempre lo hace adoptando el aire de una concesión, como quien no tiene más remedio dados los intereses nacionales en juego. Los nacionalistas admiten la existencia de otros partidos gallegistas, faltaría más. En verdad, todos los partidos deberían serlo. Pero el nacionalismo "no quiere confundirse con ninguno de ellos". El nacionalismo "está en cierto modo por encima de los partidos, y en el sentido del galleguismo está siempre más allá que ninguno de ellos", escribía Risco que, en lo que "respecta a Galicia" consideraba en 1930 menor, casi irrelevante, - como treinta años antes lo había considerado Prat de la Riba en lo que se refería a

Cataluña- ser conservador o liberal, maurista o reformista, monárquico o republicano, jaimista o socialista¹⁵.

¿Qué significaba en términos políticos esta pretensión? Pues que ante la general politización que sacudió a la sociedad española, gallega incluida, a la caída del dictador, todos los regionalistas, semirregionalistas o simpatizantes con el galleguismo tenían dos caminos abiertos: los izquierdistas debían formar en la Organización Republicana Gallega Autónoma, el partido de Santiago Casares que había recibido la inyección de sectores de izquierda de las Irmandades; los conservadores deberán esperar al partido que preparaba Cambó o entrar en el que formara Calvo Sotelo y Yanguas Messía. Pero los nacionalistas, fuertes o débiles, muchos o pocos, que no querían limitarse a una cosa ni la otra, que se sentían incómodos ante la divisoria izquierda/derecha y ante la definición monarquía/república como forma de gobierno, defenderán contra unos y otros la única solución para los problemas de Galicia: conciencia gallega, idioma gallego, política gallega, autonomía políticoadministrativa y económica gallega, democracia agraria gallega. Esas eran las bases sobre las que se crearía un partido por encima de los partidos, que no reconocía la polarización izquierda derecha, que solo se decantará por la república cuando la República sea un hecho y que se definirá exclusivamente por su programa nacionalista: el Partido Galeguista.

¹⁵ Risco, *El problema*, p. 228 y 169.